

quizás la que lo immortalizará. Sus mismas novelas tienen mucho de crónicas.

En esta recopilación hecha por Calderón, los lectores encuentran de todo: hombres, ideas, historia, historias... costumbres y mil cosas más, a las cuales el ingenio y la acuciosidad del autor le dan una nota de especial simpatía y atractivo.

Edwards Bello posee un archivo de omni re scibili, de tal manera que, para escribir las crónicas no sólo utiliza su portentosa fantasía, sino también recurre al documento, que, como pocos escritores, tiene a la mano en su propia casa, para aprovecharlo discretamente.

Hay en este tomo cuadros vivos, relatos graciosos, sutiles, y siempre oportunos. Cualquier cosa: un hecho, una noticia, una historia, dan pábulo al autor para contar anécdotas, como esa de la nariz de su tía Elisa Edwards Garriga, a propósito de la "Cirugía estética", y hacer recuerdos, e invariablemente lo realiza con espontaneidad, como quien conversa familiarmente, despreocupado, en lenguaje directo, sencillo, sin esos rebuscamientos a que recurren algunos para producir efectos literarios en desmedro del buen gusto. En estilo de Edwards Bello, las cosas que él cuenta, parecen hablar por sí mismas; el autor se asemeja posiblemente a un médium en una sesión de espiritismo, tal es el ardimiento y energía en el estilo del cronista. Dicho sea de paso, yo no he concurrido jamás a tales sesiones, aunque don Arturo Alessandri Palma, que era muy aficionado a ellas, me invitó más de una vez.

En literatura chilena, Edwards Bello es el caso típico singular, de un escritor que, sin ser tan cuidadoso de la forma, ha logrado excepcional destreza literaria.

De estas crónicas hay algunas dignas de figurar en las antologías de las letras hispanoamericanas, tales como "Cirugía Estética", "Setenta Años", "El Salón", "Teatro Municipal", "Andrés Bello y Lastarria", "El Primer Tranvía Eléctrico de Santiago" y algunas otras, que son cuadros de rica policromía, como aquel, por ejemplo, en el cual describe a "un invitado", que había tomado la palabra y, como no la soltaba, la dueña de casa se alejó del sitio donde él estaba; después le preguntó "a la criada que salía del salón: —¿Paró? No, señora. Sigue. La respuesta hizo caer a la patrona en una especie de sopor. Me asomé nuevamente. El energúmeno bufaba, se esponjaba la frente sin dejar de hablar. ¡Tanta sabiduría! ¡Tanto libro leído! ¡Tanta cita!" (Pág. 133. "El Salón").

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At414-124CLFA10124>

*Cartas de un librero a un escritor joven*, de HÉCTOR SUANES. Ed. de Librería Neira, 1966.

La franqueza es una gran virtud; pero si abusamos de ella podemos degenerar en la injuria. Nunca es lícito mentir, porque la mentira es intrínsecamente perversa, y jamás debemos decir ni una sola palabra

contra la Verdad. Pero cuando ella hiere u ofende, hay que callarla; y esto no significa faltar a la verdad, sino el deseo de mantener la paz y armonía entre los hombres.

Héctor Suanes publica una segunda edición "ampliada y actualizada", de su ensayo *Cartas de un librero a un escritor joven*, en el cual dice muchas verdades, no pocas veces en desmedro de la buena reputación del prójimo. También hay en esta obra, tan polémica, algunos errores e inexactitudes.

No es posible analizar el contenido de las siete cartas, en las cuales encontramos puntos de grande interés, como los relacionados con el periodismo y la literatura y en los temas que debe escoger un autor. Con respecto al primero, en general Suanes se muestra muy partidario de que los auténticos escritores no colaboren en la prensa diaria por el temor de que caigan en la trivialidad y se malogren. En Chile hemos tenido muchos periodistas que han sido brillantes escritores. Vayan algunos nombres indiscutidos: Alejandro Silva de la Fuente, Carlos Silva Vildósola, Joaquín Díaz Garcés, Víctor Silva Yoacham y Jenaro Prieto. Pensamientos acertados tiene Suanes cuando opina acerca de "Qué temas debe escribir el autor". De esto se ha hablado mucho: hay quienes sostienen que los escritores nacionales deben dedicarse a estudiar su propia literatura; otros estiman que de esta manera no se fomenta la cultura humana integral, y el autor, como dice Suanes, debe escribir de lo que le guste. Cita el caso del novelista Ciro Alegría que ya tenía terminada su obra *El mundo es ancho y ajeno*, y "no había escrito de ella ni la primera hoja", porque "la tenía totalmente escrita en la mente" (Pág. 54).

No estoy de acuerdo con el autor en sus apreciaciones sobre los críticos, las editoriales y las academias. Creo que está en un error cuando juzga a los críticos como vendidos a las empresas periodísticas en las cuales escriben. En los diarios y revistas, los críticos tenemos plena libertad para emitir nuestras opiniones. Si la mentalidad de algunos críticos es la misma de los dirigentes de las empresas periodísticas, esto es mera coincidencia. Hay un crítico cuyas ideas sociales son marxistas, y sin embargo colabora en una empresa de tipo capitalista.

No me parece tampoco aceptable, ni de buen gusto, introducirse en la vida privada de los escritores.

En cuanto a las editoriales, los críticos no tienen la culpa de que haya algunas que publican obras excelentes y otras mediocres; es evidente que hemos de preferir las primeras. Ese asesor literario extranjero, al cual se refiere Suanes, ha prestado inapreciables servicios a los escritores chilenos. Personalmente me parece que, como extranjero, tiene mayor independencia de criterio para emitir sus juicios.

Quisiera manifestar al polémico autor de estas *Cartas*, que las Academias, por lo menos la Chilena, está totalmente renovada, y no hay ni creo ha habido nunca en ella "tontos graves", ni hombres preocupados "únicamente de la gramática", "del efecto de la frase", "del preciosismo de

la expresión", "ni de la pureza del lenguaje"; sino escritores y críticos que anhelan modernizar el idioma, de acuerdo con los adelantos de la técnica y de la ciencia, y naturalmente propenden a fomentar entre los escritores chilenos el culto de la bella y correcta forma literaria.

Finalmente, a propósito de "culto", quiero recordar al autor que, según el Diccionario de la Real Academia Española, "culto" o "cultivarse" significan lo mismo. Lea el Léxico oficial y se convencerá.

Por ahora considero suficiente lo expresado acerca del libro del señor Héctor Suanes, quien habrá llegado a la convicción de que no todos los críticos hacen el vacío a sus obras.

FIDEL ARANEDA BRAVO.

*El dependiente*, de BERNARD MALAMUD. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1965, 245 págs.

La obra literaria del neoyorquino Bernard Malamud (nacido en 1914) comprende las novelas *The Natural* (1952), historia de béisbol con un excelente manejo de las situaciones humanas, *The Assistant* (1957) y *A New Life* (1962), historia de un profesor inglés, suerte de Leopold Bloom anexo a Herzog, en Cascadia College. Hay que agregar además las colecciones de relatos *The Magic Barrel* (1958) e *Idiots First* (1963).

*El dependiente* (*The Assistant*) exhibe la vida de una familia judía: los Bober, cuyas horas transcurren, en la más agotadora soledad personal, en la tienda y trastienda de un negocio de abarrotes. Morris, el jefe del hogar, carga además de su propio dolor, el de la raza:

"El mundo sufre. Y él sentía cada latido de dolor" (p. 9).

Ida, la esposa, sólo desea vender ese sitio de condenación y poder olvidar el ruido de la caja registradora que marca cifras miserables. Helen, la hija, piensa que allí se tiene "un talento especial para la pobreza" (p. 20). De pronto, entra en escena Frank Alpine, un joven hijo de italianos que ha vivido de fracaso en fracaso tras una etapa de orfelinato. La llegada de éste produce un cambio fundamental en las relaciones de la familia y en el manejo de la menguada economía del negocio. Los Bober, que habían "puesto toda su esperanza en América" (p. 30) entran en el gran juego del mal y en el círculo propio de los años de la Depresión.

El resistido goy oscila entre la bondad ilimitada y las pequeñas rate-rías, entre el enjuiciamiento de su propia situación y el análisis del mundo que le rodea. Los Bober siguen —como ha expresado un crítico— enterrados en vida en pleno centro de Nueva York. Malamud revela magistralmente el imperio de las vidas solitarias y el lento proceso de repulsa entre los judíos y Alpine.